

hay, decia, no hay persona en el mundo que desee de mejor voluntad la dicha de contarse en el número de los que os están obligados y querrian estar humildemente á vuestro servicio (1). Hizo rápidos progresos en su nuevo celo para mostrarse digno de ser garante de la ortodoxia de Catalina y para declarar á Felipe que con el mayor pesar habia ella diferido la ejecucion de lo que más que ninguna otra cosa habia deseado (2), esto es, la supresion de la herejía.

Simulando y haciendo ponderar así la pureza de su fe, llevaba Catalina tambien otra mira: tenia la pretension de casar á su segunda hija Margarita con el príncipe Don Carlos, hijo de Felipe II. Margarita de Valois sólo tenia ocho años; pero Don Carlos, que tenia ya diez y seis, no era tampoco sino un niño, caprichoso, ignorante, enfermizo, que Isabel procuraba con tacto inclinar á su hermana: enseñóle un retrato de Catalina en sutraje de viuda y otro de Margarita. La más linda es la pequeña, exclamó el príncipe, y lo repitió tres ó cuatro veces, viendo que era elogiada por las damas. «Yo le he asegurado que era muy bien formada y Madama de Clermont le dijo que era una hermosa mujer para él: se echó á reír y no dijo nada» (3). Las doncellas francesas de Isabel acometieron en su ociosidad el empeño de fijar al príncipe en este proyecto y casi creyeron haberlo conseguido, porque una de ellas, hablando á Catalina del afecto de Don Carlos á Isabel, añade (4). «Más bien querria ser su pariente;» es decir, el marido de su hermana. Pero Catalina no debió tener una gran confianza en el éxito, y no insistió sino para romper el matrimonio que proponia por aquellos dias el cardenal de Lorena de su sobrina María Estuardo con el mismo Don Carlos.

¿Era cómplice de esta maquinacion de su hermano, el duque de Guisa, *el Grande*? El que habia salvado á Metz y conquistado á Calais no debió aprobar este pensamiento criminal de dar Escocia á España, de estrechar á Francia en un círculo que ya la oprimia, de acrecentar las fuerzas de nuestro más implacable enemigo. Sin embargo, Catalina no vacila en confundir á los dos hermanos en su indignacion cuando supo esta perfidia. Me han sido muy ingratos y tanto han sacado de este reino que no quedan más que ruinas (5). En cuanto á la desgraciada

(1) Ms. Arch. nac. K, 1500.
 (2) *Ibid.* 1496.
 (3) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 803, 806, 807.
 (4) *Ibid.*, pág. 460.
 (5) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 843.

viuda de Francisco II, procura ablandar á su suegra: «muestra aquí tantas deferencias conmigo como no hizo jamás» escribe Catalina (6). Este casamiento, cuyos preliminares se prolongan cinco años, reúne contra sí las voluntades de dos mujeres: la envidiosa reina de Inglaterra sabe por su embajador en Francia que aquella jóven María Estuardo, á quien aborrece desde la cuna, va á casarse con el hijo de Felipe II: «á lo ménos todo lo hace prever y es prudente tomar precauciones» (7), y acometida de un acceso de rabia, se echa al suelo y exclama: «Yo, yo no me caso, nadie me quiere!» (8) Catalina acoge este peligro con más frialdad; busca medios para romper aquella combinacion en la cual promete poner sordamente orden (9), y comienza desde luego. Obliga al cardenal de Lorena á ir á ver al embajador de España para ponderarle las ventajas del casamiento de Margarita con Don Carlos (10); acelera la partida de María Estuardo á fin de enredarla sin retardo en las dificultades de su reino de Escocia (11); Catalina, en fin, teme que su hija no tenga el celo necesario ó se deje seducir por los intereses de María Estuardo, su amiga de la infancia, y le escribe para animarla en lo del matrimonio de Don Carlos (12). «No pierdas la ocasion de hacer que el príncipe se case con tu hermana, pues de otra manera estarias en peligro de ser la mujer más desgraciada, si llegara á morir tu marido y él fuera rey, no habiéndose casado con una mujer que fuera como tú misma, esto es, con tu hermana: me parece que debes desde lejos comenzar á batir.» Despues prevé que podrá difícilmente hacer aceptar á Margarita, y no se embaraza ni se obstina en este proyecto. «Aconseja al príncipe que se case con su tia Juana, escribe á Isabel. Con esto resultarán dos efectos: le obligarás para contigo de manera que toda su vida te estime; y favoreciéndola á ella harás que en todo lo que pueda se oponga al casamiento de tu cuñada María Estuardo: al cabo, no veo ocasion de esperar que se case con tu hermana y lo mejor que te puede suceder es que, no casándose con tu hermana, se case con su tia.» ¿Se han suscitado nuevas objeciones? Otro partido puede adoptarse: todo es bueno, con tal de apartar á Ma-

(6) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 819.
 (7) Ms. Rec. of., Throckmorton to Cecil, 23 abril 1561: «Wich I am sure will make you look about you.»
 (8) *Memorias de la real Acad. de la Hist.* tom. VII, pág. 304.
 (9) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 819.
 (10) Ms. Arch. nac. K, 1390, n.º 115.
 (11) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 875.
 (12) *Ibid.* pág. 814.

ría Estuardo. «No hay nada que yo no quiera ántes que ver lo que me desagradaría tanto y sería para mí y para mi hija tan perjudicial y á este reino tambien» (1). Se ve entonces á la jóven reina apoyar por consejo de su madre cerca de su marido las pretensiones de una de las nietas del emperador, «reservando el particular de mi hermana Margarita, me ha contestado que su hijo era tan mozo y se hallaba en tal estado que habria tiempo para todo» (2).

Así pues, eran cuatro las princesas que se disputaban el honor de casarse con el hijo de Felipe II, que «era tan mozo y se hallaba en tal estado.» Su tia Juana, que tenia doble edad que él, fué la primera que rechazó el príncipe con sus repugnancias brutalmente expresadas: se la propuso entonces para el jóven rey Carlos IX; y Catalina contestó que tenia bastante el rey con una madre. Juana fundó el convento de las *Descalzas Reales* bajo la regla del Cármen y se encerró en él. Ella fué quien en una caida de caballo, yendo de caza, fué abandonada en el suelo por los caballeros de su séquito, como quiera que nadie tenia el derecho de tocar á la hermana del rey, y hubo que buscar mujeres para que la levantaran (3). Todos los hijos de Carlos V estaban en la conviccion de que Dios les habia hecho nacer en una condicion superior á la de los otros mortales; de tal manera que ellos sólo eran dignos de casarse unos con otros y que el mayor honor para una mujer era enlazarse por medio del matrimonio con este tronco precioso. Viuda hacia ya quince años y envejecida en las austeridades, no hubiera vacilado Juana en casarse con un mozo de diez y seis años, hijo de su hermano, á no haber sido rechazada por él. Más aún, su otra hermana María, que estaba casada con el dulce y tolerante Maximiliano de Austria, no tenia más que desprecio para este marido de una línea trasversal: el verdadero dueño del mundo era Felipe II; despues de él su hijo Don Carlos. María no vacilaba en decir que ella misma se hubiera casado con este sobrino; pero como no era viuda, ofrecia á su hija Ana.

Felipe II no se apresuraba á pronunciarse entre tantas pretensiones y pretextaba la mala salud de su hijo. — «El príncipe debe estar ya libre de sus eternas cuartanas y en estado de casarse con Ana mi nieta, escribia el emperador Fer-

(1) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 844. Catalina al obispo de Límoges.
 (2) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 816.
 (3) Martha Freer, tom. I, pág. 328, segun don Juan de Vidriano.

nando. — No, contestaba el rey; las cuartanas duran todavía, y han puesto al príncipe en tal estado que Vuestra Majestad apenas lo creeria» (4).

Esta cuádruple intriga habria hecho las delicias de Catalina, si hubiera podido continuar su papel; pero no habia podido contener por más tiempo las iras de los católicos franceses: arrastrada por ellos, se decidió, para salvar su autoridad, á tomar la direccion de su partido. Tuvo que pasar por la vergüenza de pedir socorros á España contra sus súbditos hugonotes y dejar que renaciera á favor de la guerra civil la preponderancia del duque de Guisa.

III.—Primera guerra de religion en Francia

La idea comun de Felipe II y de los señores franceses que estaban opuestos á la Reforma era más bien mantener las instituciones establecidas que el respeto de la Iglesia. El duque de Alba hizo sin rodeos esta confesion al embajador de Inglaterra. Esta rebelion daria por resultado suprimir la sumision á los soberanos y establecer una manera de federacion (5). Las afirmaciones de los teólogos protestantes no eran, en efecto, muy tranquilizadoras. «El rey, dice Zwinglio, que obra pérfidamente contra la ley de Cristo, puede ser legítimamente depuesto. No se debe ninguna obediencia, añadia su enemigo Calvino, á los que son tan depravados que privan á Dios de sus derechos» (6).

Así, al anunciar que Felipe II iba á combatir á los reformados de Francia, el príncipe de Eboli declaraba á Catalina que era justo sostener la autoridad de la madre de tales príncipes (7). La autoridad real no era la única que estaba en peligro; muchos señores abrazaron la Reforma para evitar el pago de censos onerosos. Muchas personas, dice nuestro rey Carlos IX, así nobles como otras que tienen tierras y posesiones de los preladados y demás eclesiásticos de nuestro reino y otras cargas de diezmos, gavillas, censos, rentas, etc. son morosas y remisas en pagarlos... (8)

(4) *Doc. inéd.* tom. XXVI, pág. 410-421, del 13 oct. 1561, al 11 marzo 1562. «Le han dejado tan flaco que V. M. no lo podría creer.»
 (5) Ms. Rec. of., n.º 336, Challoner to the queen, 20 julio: «Said that this rebellion tends to this end that denying obedience to their Prince they would ensure à commonalty.»
 (6) Zuinglius, t. I, pág. 84, ed. Tigur. 1581: «Quando perfidè et extra regulam Christi egerint, possunt cum Deo deponi.»—Calvinus in Daniel, cap. VI, vers. 22, p. 78, ed. en fol. Ginebra, 1591: «Potius conspuere oportet quam illis parere ubi ita proterviunt ut velint etiam spoliare Deum jure suo.»
 (7) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3902, fol. 82. «Como es razon que lo sea madre de tales príncipes.»
 (8) El rey ordena «bajo pena de embargo de dichas tierras y pen-

Los católicos no eran más escrupulosos que los protestantes, cuando se trataba de echar mano á los bienes de la Iglesia: sus fuerzas de á pié y de á caballo eran pagadas por el clero con la plata de las iglesias, según comisión enviada de la corte en buena forma. Este género de pillaje se efectuaba con regularidad en virtud de órdenes dadas á los capitanes de las compañías de ordenanza. «Para el pago, os ayudareis con la plata de las iglesias, que tomareis bajo inventario, y la hareis fundir para hacer dinero de ella, como se ha hecho por todo el reino (1).

Otro recurso, ménos honroso aún, fué el auxilio en dinero y en soldados puesto á disposición del rey de Francia por Felipe II. No se contentó España con enviar tropas al mediodía de Francia; también la regenta de los Países Bajos recibió orden de apoyar en el Norte á los católicos franceses. Pero los caballeros del Toison de oro se reunieron en Bruselas y decidieron que no se pusiera en campaña contra los reformados ninguna compañía walona (2). Reducida la regenta á ofrecer un simple socorro en dinero, hizo partir una remesa de veinte mil escudos, de Amberes á Cambrai y San Quintin. A la sazón un secretario del príncipe de Condé se dirigía á Amberes con objeto de proporcionarse algunos fondos. En el camino tuvo noticia de esta remesa de dinero y logró apoderarse de ella á legua y media de Cambrai (3). Así, los caudales de Felipe II sirvieron para sus enemigos.

Pero Felipe no quería dar sin compensación su buena voluntad y sus recursos efectivos, y se arrogó el derecho de distribuir consejos y vituperios. El rey de Francia vino á ser un vasallo á quien hubo de reprimir y á quien buenamente quiso dirigir.

Desde las primeras semanas de la guerra, cuando la guarnición de Burges entregó la plaza á las tropas reales, no parecieron al rey de España muy convenientes las condiciones de los súbditos (4). De tal manera que fué menester excusarse y hacer que contestara el embajador

siones, pagar y satisfacer á dichos eclesiásticos y beneficiados.» Dada en Dieppe á 10 de agosto de 1563 «leída y publicada á son de trompeta por las esquinas de esta villa de Paris, el 21 de agosto.» Pliego impreso en Paris por Juan Allier, librero. — Muestra de la Rosa blanca.

(1) Cartas del teniente general del reino á MM. de Bertheville y de Jarnac, 22 y 25 julio 1562, publicadas en la *Correspondencia de Antonio de Borbon*, ed. Rochambeau, p. 262 y 265.

(2) Viglio, *Memorias*, pág. 47.

(3) Gachard, *Correspondencia de Margarita*, tom. II, pág. 489.—Paillard, *Historia de las turbulencias de Valencienes*, t. III, pieza 23.

(4) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3161, fol. 44. Saint Sulpice al rey.

que se habria causado la ruina de todos los habitantes de Burges, de obstinarse en tomar la ciudad por asalto, mientras era mejor «perdonar á un pequeño número de malos que perder y destruir un gran número de buenos.»—Pero ¿por qué, replicó Felipe, por qué llevar luego el ejército á Normandía, cuando era lo mejor dirigirse á Orleans? Fuera de esto, la ruina de una ciudad de Francia, católica ó no, y el abatimiento del reino no parecia sino cosa de provecho. Así pues ¿con qué despecho no habla Chantonny, que seguía al ejército francés, de los esfuerzos del duque de Guisa para impedir que se entregara Ruan al pillaje! «El saco, dice, ha pasado tan dulcemente que easy no se parece, porque la más parte de las casas se ha rescatado con muy poco dinero... lo que los moradores han comprado de los soldados lo vuelven á sus primeros dueños por el tanto que se ha pagado á los soldados... M. de Guisa, que fué de los primeros que entró, rogó á los soldados que por amor suyo no usasen crueldad» (5).

El pesar de no ver en Francia una guerra de exterminio que la entregara aniquilada en manos de Felipe, arranca al embajador español palabras singulares. Los heridos de una y otra parte son recogidos y cuidados en las aldeas; el país se muestra tan indiferente que no parece sino que es una guerra entre dos príncipes extranjeros, como el duque de Luxemburgo y el duque de Lorena, mientras Francia queda neutral entre sus ejércitos (6). Al mismo tiempo que se cuida á los heridos, se despoja á los viajeros sin cuidarse de su religión. Los caballeros de la Beauce han tomadola costumbre del robo y el pillaje en los caminos, y son tan peligrosos como los salteadores enemigos (7). Por otra parte, los antiguos lazos de amistad ó de costumbres no se han roto por causa de la guerra: el obispo de Troyes, que ha abandonado su diócesis para alistarse en la caballería de los hugonotes con el título de príncipe de Melfi, continúa cobrando las rentas de sus abadías, no se le priva de las de su mitra, sino cuando el cabildo tiene á bien apropiárselas, y circula de uno á otro ejército, aun durante el sitio de Orleans, sin que nadie le haga mala cara, «lo cual es muy escandaloso» (8).

Las observaciones de este extranjero permiten comprender cómo la pasión religiosa ha

(5) Ms. Arch. nac. K, 1500, Chantonny al rey, 4 nov. 1562.

(6) Ms. Arch. nac. franc. K, 1500. Carta del 2 de enero de 1563.

Chantonny y Alava al rey.

(7) *Ibid.* Carta del 28 enero 1563.

(8) Ms. Arch. nac. Carta del 2 enero 1563.

contribuido ménos á nuestras guerras civiles que las rivalidades de corte, la miseria de los hidalgos acostumbrados á vivir de las armas y la fidelidad á los jefes militares. Pero otra cosa sucedía en las ciudades, donde un populacho grosero y brutal se sublevaba fácilmente á la voz de los religiosos y se dejaba arrastrar por ellos á crímenes que llevaban algún consuelo á la corte de España. Era un día de júbilo para Chantonny, cuando podía escribir á su amo (1): El pueblo de Ruan se ha vuelto casi tan ardiente contra los herejes como el de Paris, detestando sobre todo á los que los toleran: en el último motin, el presidente del parlamento se ha fugado, sin lo cual hubiera perecido. El procurador general no pudo procurarse la misma suerte: el pueblo supo que se habia refugiado en la galera del rey anclada en el puerto, y luego al punto la cercaron de barcos; dos hombres perecieron en la refriega á arcabuzazos; pero el pueblo la forzó á atracar al muelle, se apoderó del procurador general, lo empujó á la bóveda de la puerta que da al Sena y lo mató á puñaladas. El cuerpo ha quedado espacio de dos dias enteros, desnudo, sin que nadie se atreva á levantarlo. Es de esperar que otras ciudades hagan semejantes ejecuciones, bajo la inspiración divina, si la reina no preparara sus acostumbrados proyectos de pacificación.

Esta satisfacción ante nuestras desgracias, y este temor de que cesaran respondían bien al pensamiento de Felipe II, y Catalina no lo ignoraba. Nuestro embajador en España, Saint Sulpice, habia sabido hacer hablar al duque de Alba y transmitido sus confesiones á la reina de Francia. El antiguo general español juzgaba que se habian cometido muchos errores en el mando y dirección de esta guerra, y el único partido que, según él, se podia tomar, era dejar que los ingleses se extendieran por la Normandía, porque el esfuerzo de los ingleses no era de temer, pero era preciso rechazar á los alemanes, y las tropas francesas debian haber salido á su encuentro más allá de Metz para cortarles el paso al reino (2).

El plan era sencillo: las tropas españolas habrian ocupado pacíficamente á Francia, mientras nosotros nos hubiéramos extraviado hacia el Rhin en una lucha contra toda Alemania. Entonces, y como por un concierto con Felipe, nos hubiera intimado el emperador la rendición

(1) Ms. Arch. nac., K. 1500.

(2) Ms. Bibl. nac. franc., n.º 3161, fol. 69 y siguientes, Saint Sulpice al rey.

de Metz, de Toul y Verdun. El duque de Saboya no se atrevia aún á exigir más que negociaciones sobre el marquesado de Saluces «y parece, dice con fruición Chantonny, que todos cuyos estados son usurpados por los franceses se querrian servir de la ocasión presente, siendo claro que há muchos años que este reino no fué ni será, si se le da lugar de rehacerse, en tan mal punto y estado como está agora» (3). Y se complacia en referir las inquietudes de la reina, que veía el Havre en manos de los ingleses, que recibía de Alemania el aviso de la reunión de sesenta bandas de á pié, y de ocho á nueve mil hombres de á caballo para la restitución de los tres obispados (4). No comprendía que para una mujer del genio de Catalina, esta amenaza era el más seguro medio de hacerle comprender la falta que habia cometido entregándose á los más exaltados católicos, de atraerla prontamente á sus primeras ideas de moderación y sacarla del cuidado con una paz inopinada. Esta idea de paz era, sobre todo, desagradable á los españoles. Se procurará aquí por todos los medios, escribe de Madrid nuestro embajador, evitar que la reina haga la paz; y debe empeñarse en hacerla tanto más cuanto mayor es el deseo que estos tienen en oponerse á ella (5). Y llevaba Felipe II el empeño de vernos sucumbir en la guerra civil hasta el punto de temer que el Concilio de Trento propusiera una transacción que pusiera fin á las contiendas religiosas y restableciera la unidad del cristianismo (6). Tienen en sospecha el viaje del cardenal de Lorena al concilio con el gran número de los nuestros que lo acompañan, temiendo que con su autoridad obtenga algun buen decreto sobre la reforma de la religión para contentamiento de los súbditos del rey. España envía teólogos á Trento sólo para cuidarse de esto, y D. Luis de Avila va á Roma á advertir al papa que no pierda de vista al cardenal.

Con Catalina se renovaron las antiguas amenazas por medio del embajador Chantonny. «Podría ser, decía, que visto que los herejes salían con su empresa, habiéndose valido del favor de príncipes extranjeros, procuraran los católicos de hacer lo mismo, y que V. M. y todos los

(3) Ms. Arch. nac. K. 1500. Chantonny al rey, 14 febr. 1563.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1500. Carta del 6 de marzo de 1563 «La somacion que de parte del Imperio se le hacia para la restitucion de Toul, Metz y Verdun, y que habia aviso de Alemania que se apercebían sesenta y tantas vanderas.»

(5) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3161, fol. 95, Saint Sulpice á Catalina.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3161, fol. 72.

príncipes católicos no les rehusarian todo favor y ayuda en cosa tan justa y conveniente para el servicio de Dios.» — Catalina contestó que «aunque se hallaba tan cansada de estos trabajos que no querría otra cosa sino retirar y reposarse, la obligacion que tenía á sus hijos la constreñía á tener la mano en los negocios y conservar su autoridad, que no era suya, sino de ellos» (1).

En cuanto al cuerpo de ejército que Felipe había enviado á Francia á las órdenes de Don Diego de Carvajal, no contribuía ménos que los consejos del embajador á adelantar la pacificación: los soldados desertaban para dispersarse por el país (2) ó se amotinaban cuando los querían llevar al enemigo (3). Cuando el duque de Guisa les preguntó por su ejército del Loira, se tuvo cuidado de hacerle entender su modo de vivir y lo difícil que era hacerles marchar (4).

El duque de Guisa no era santo de la devoción de Felipe II, que temía sus talentos militares, y que al saber la muerte de Antonio de Borbon, se dió buena prisa en influir para que Catalina confiara el cargo de teniente general del reino, no á Guisa, sino al cardenal de Borbon (5): no lo quería más el papa, cuyo legado en Francia supo su muerte sin pesar (6); ni tampoco Catalina, que anunció esta desgracia á Felipe con las mismas palabras de que se había servido, cuando empujó al príncipe de Condé á tomar las armas el año precedente. «Dios no abandonará á la madre ni á los hijos (7).» Catalina, aprovechó la ocasion que se le ofrecía de recobrar el poder, de conservarlo por una paz inmediata, por un llamamiento al patriotismo, por una union de los dos ejércitos para arrancar el Havre de manos de los ingleses.

No fué este primer acuerdo, que aseguraba á los reformados el ejercicio de su religion, lo que más enojó á Felipe II. Hábiale avisado la reina de Inglaterra que el sitio del Havre debía ocupar todas las fuerzas de Francia y consumirlas, porque había preparado faena para un año largo (8). Pero disimuló torpemente su despecho cuando supo que en vez de consumirnos allí, tomábamos rápidamente las líneas exteriores de

(1) Ms. Arch. nac. K. 1500, n.º 54, del 6 marzo 1563.

(2) Ms. Bibl. San Petersburgo, Burye al rey, del 6 agosto 1562, edic. de Barthelemy, pág. 271.

(3) *Ibid.* Cartas del 20 set. y 9 oct. pág. 275 y 280. Véase también Montluc, *Memorias*.

(4) *Ibid.* Carta del 31 oct., pág. 282.

(5) Ms. Bibl. nac. franc., n.º 3161, fol. 74, Saint Sulpice á la reina.

(6) Arch. nac. K. 1500, Chantonay á Felipe II.

(7) *Ibid.* K. 1499, Catalina á Felipe.

(8) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3162, fol. 9, Saint Sulpice á la reina.

la plaza. «Bien que el rey católico sea en todas las cosas reservado y disimulado, no ha podido ménos de maravillarse y suspenderse, junto con él de Alba y el de Eboli.» — «Es una vergüenza para los ingleses, escribía Chantonay (9). Con su pusilanimidad ó poca experiencia, han dejado tomar todos los fuertes y no se han perdido más que diez soldados franceses.» La toma del Havre, asegurada en algunos dias por la union de los católicos y los hugonotes, enseña cuál hubiera podido ser la fortuna de Francia, si hubiese sabido aprovechar sus fuerzas contra los extranjeros. Este acontecimiento fué orgullosamente anunciado por Catalina al rey de España: «Viendo cómo habeis hecho conocer en todo lo que Dios se ha servido darnos, el cuidado y el amor que habeis tenido y teneis al rey mi hijo y á este reino, no hemos querido dejar de daros la nueva ahora que Dios se ha servido hacernos la gracia de la paz con la reina de Inglaterra (10).»

IV.—Córtes de Monzon

Miéntas nos desgarrábamos nosotros en esta primera guerra civil, tenía también Felipe II dos grandes dificultades: quería atraer por la persuasión y la presión moral á los procuradores de Aragon y á los Padres del concilio de Trento á participar de sus ideas políticas y religiosas.

Los procuradores de Castilla acababan de votar los subsidios solicitados y se separaron luego (11). Los de Valencia y Aragon fueron á su vez convocados á Monzon para el otoño de 1563. Hacía ya once años que no se les había reunido, bien que el rey hubiera jurado reunirlos cada tres años; pero hubo de jurarlo con el secreto pensamiento de «cortarles las uñas y no pocos privilegios, que los tornan tan bravos y casi libres (12).» Hasta explicó á nuestro embajador las leyes y costumbres demasiado latas para la libertad y privilegios de los súbditos y demasiado estrictas y limitadas para el poder real; bien que estimaba que cuando fuesen miradas de más cerca le darían más libertad de lo que se decía (13).

Una maravilla hubo de parecer cómo pudo llegar la corte á Monzon, porque el camino era lo más áspero y quebrado de España. El rey

(9) Ms. Arch. nac. K. 1500, pieza 82, del 24 julio 1563.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1501, pieza 75, de abril de 1564.

(11) Febrero de 1563.

(12) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 16103, fol. 198, el obispo de Limoges á Catalina, 25 marzo 1562.

(13) *Ibid.* n.º 3162, fol. 20, Saint Sulpice á Catalina.

abrió la primera sesión (1), teniendo levantada en la mano la desnuda espada que allí llaman verdugo: pero no se mantuvo largo rato en esta actitud marcial; necesitaba un millon y doscientos mil ducados de oro y bajó la espada, comenzando por disculparse de haber diferido once años la reunion.

Las pretensiones de las córtes ofrecen una curiosa confusion de reclamaciones impertinentes ó pueriles, como la de querer excluir á los castellanos de todo empleo retribuido en Aragon, y de peticiones legítimas como la de limitar el Santo Oficio de la Inquisicion á los casos de herejía, sin permitirle intervenir en los demás asuntos (2). Y fueron formuladas con tanta viveza, que escribe el embajador de Francia (3): «Hace tres dias hubo de haber alguna confusion en Monzon por haberse propuesto por los procuradores de las ciudades que fuera servido S. M. de no permitir la excesiva autoridad de conocer como ahora conoce en todas las causas.» Ahora bien, el rey había declarado poco tiempo ántes que quería (4) no sólo confirmar la autoridad de la Inquisicion, sino ampliarla todavía; y como además, segun se ha visto en un capítulo anterior, y segun lo comprendía ya nuestro embajador, «el dicho rey entiende principalmente establecer su obediencia por la autoridad de la dicha Inquisicion,» los procuradores no obtuvieron sino una contestacion desdeñosa. Os ruego que despacheis los demás negocios, dijo el rey, y que dejeis este para cuando yo esté en Castilla, donde resolveré lo que conozca sea necesario para el bien público.—No queremos dejarlo para Castilla, replicaron los otros con bastante arrogancia, y no pasaremos adelante sin que se haya proveido sobre esto.

Semejante audacia en unos súbditos, la necesidad de disimular su indignacion, y el temor de verse reducido á hacer concesiones para obtener el millon y doscientos mil ducados, menoscabaron la salud de Felipe II, el cual sufrió allí el primer ataque de gota. Quiso negar, segun costumbre, el carácter de la enfermedad y se tomó el trabajo de persuadir á los enviados ex-

(1) El 13 de setiembre. Todos los detalles se hallan en la Correspondencia de Saint Sulpice.

(2) Los aragoneses, como todos los españoles, estaban por la Inquisicion, creyéndola necesaria en materia religiosa, pero pedían que no interviniera en otra cosa. El voto de las córtes se cita por Lafuente, *Historia general de España*, tom. XIII, pág. 127. «Los inquisidores en muchas cosas y negocios han puesto la mano fuera de los casos de herejía con mucho daño y agravio de los regnicolas de este reino.»

(3) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3162, fol. 34, Saint Sulpice á la reina, 25 diciembre 1563.

(4) *Ibid.* n.º 3162. Carta del 11 de octubre de 1563.

tranjeros de que era algun otro accidente que provenia de una uña que le penetraba en la carne; pero era difícil hacerse ilusiones, porque un viento muy fuerte y frio hubo de despertarle el dolor del pié de tal manera que no podía andar ni áun sostenerse (5). Todos atribuyeron la dolencia á la cólera que le causaron las reclamaciones de fiscalizacion y las reivindicaciones de derechos durante las córtes de Monzon (6). Adivinó, sin embargo, el secreto de que se ha hecho despues frecuente uso, de amortiguar el celo de una asamblea con una proposicion de informacion. Las córtes de Monzon se regocijaron grandemente cuando se decidió hacer esta informacion sobre los abusos del Santo Oficio: el subsidio ordinario fué votado con otro extraordinario de ciento cincuenta mil escudos, y así se disolvieron las córtes de Aragon sin haber hecho nada que pudiera perjudicar, como escribía Felipe segun su fórmula ordinaria, á lo que convenia al servicio de Dios y al acrecentamiento de sus Estados (7). Los diputados de Cataluña que se reunieron inmediatamente en Barcelona fueron más fáciles aún de contentar: el rey no tuvo más que repetir la fórmula del juramento que garantizaba los derechos locales ó fueros para obtener el subsidio de trescientas mil libras.

V.—Concilio de Trento

El concilio de Trento no era tan manejable. Despues de una suspension de muchos años había reanudado sus sesiones el 18 de enero de 1562, sin gran prisa para llegar á una solucion. Felipe II estaba al corriente de todos los pormenores y daba sus instrucciones al obispo de Lérida para inspirar los votos de sus preladados, pero la disciplina se mantenía difícilmente, y puede citarse como ejemplo del desorden de las sesiones, la discusion sobre la necesidad de residencia de los obispos: los unos decían que era de *jure divino*; los otros que no; estotros hablaban de otra manera y pedían que se hiciera inmediatamente la declaracion por las palabras: *placet ó non placet*; otros se oponían á este voto en el mismo día, y hubo un desorden tan tumultuoso como si hubieran ido á anunciar que un ejército de luteranos estaba á las puertas de Trento (8). Los preladados franceses no llegaron

(5) Ms. Bibl. nac. n.º 3162, fol. 17. Carta del 11 oct. 1563.

(6) M. Col. of., n.º 1508, Challoner to the queen, 19 dic. 1563.

(7) Ms. Arch. nac., K. 1501, n.º 23, el rey á Granvela.

(8) Ms. Arch. nac., K. 1710, n.º 28, el obispo de Lérida al embajador Francisco de Vargas 23 abril 1562. «Tomaron por achaque de decir que antes de hazer deputados. . . y que estos habian de formar el